

A la buena de Dios

HISTORIAS DE MIGRANTES DEL NORTE DE CENTROAMÉRICA



Cristosal es una organización de derechos humanos, no gubernamental y sin fines de lucro. Trabaja para promover los derechos humanos en Centroamérica a través de la investigación, el aprendizaje y la protección basada en derechos. La organización inició operaciones en El Salvador en el año 2001, mientras que en Honduras fue en 2017 y en Guatemala en el 2018. Actualmente trabaja en la ejecución de tres programas: Litigio Estratégico, Protección Local e Investigación en derechos humanos. Estos programas están diseñados para fortalecer las capacidades de las víctimas de la violencia directa, estructural y cultural e incidir para la garantía de sus derechos.



A la buena de Dios

HISTORIAS DE MIGRANTES DEL NORTE DE CENTROAMÉRICA

CRÉDITOS

Colectivo La Mosca Azul

Jeannette Cruz
Derlin de León
Óscar González
Hugo G. Sánchez

Equipo de investigación de Cristosal

Wendy Alas
Norman Barrientos
Gabriela Contreras
Leonor Gaitán
Isela Galindo
Carlos Izaguirre
Michelle Jovel
Amalia Mendoza
Ángel Menjivar
Rina Montti
Bruce Osorio
Karla Rodríguez
Vladimir Rolin
Milagros Valladares

Equipo de edición de Cristosal

Wendy Alas
Addy Cross
Laura Molina
Rina Montti
Karla Rodríguez

Ilustradora

Andrea Altamirano

Diseñador

Efraín Caravantes

A la buena de Dios

HISTORIAS DE MIGRANTES DEL NORTE DE CENTROAMÉRICA

ÍNDICE

9	INTRODUCCIÓN
15	A LA BUENA DE DIOS • Óscar González
19	FRÍO • Jeannette Cruz
23	PAN Y SOMBRA • Derlin de León
27	EL FIN DEL MUNDO • Hugo Sánchez
35	MANIQUÍ • Jeannette Cruz
39	ANDREA • Derlin de León
45	EN ESPERA • Óscar González
49	YA FALTA POCO • Derlin de León
55	EL GUSANO • Hugo Sánchez
61	SOLOS CAEMOS • Óscar González
65	TIERRA PROMETIDA • Jeannette Cruz
69	NO QUERÉS DESPERTAR • Hugo Sánchez
73	LA PESTE • Jeannette Cruz
77	LOS ZUMBIDOS • Oscar González
83	EL RETORNO • Derlin de León



INTRODUCCIÓN

*La migración no es un placer,
sino una necesidad ineludible y,
entonces, es un derecho.*

Juan Bautista Scalabrini

En un mundo donde pareciera que migrar es un crimen, y más si se trata de una “migración ilegal”, es importante poder dar voz a las personas que se ven forzadas a salir de sus países con la única esperanza de tener un futuro. No importa si este implica mucho trabajo o enfrentarse a condiciones muchas veces adversas, al final y al cabo es la ilusión de poder proveer para sus familias, de escapar de la pobreza y -en el peor de los casos- de la misma muerte, lo que les impulsa a dejar todo atrás, incluyendo sus arraigos más fuertes en una región con una fuerte ausencia del Estado para garantizar aun los derechos mínimos. Ayudar a comprender esto y que no se asuma con simpleza que las personas migrantes quieren “vivir una aventura”, es parte importante del trabajo que realiza Cristosal en su labor de defensa y promoción de derechos humanos.

Precisamente este compromiso por impulsar los derechos de las personas migrantes fue lo que llevó a Cristosal a realizar una investigación donde se entrevistó a población retornada durante el contexto de la Pandemia por COVID-19. Estas entrevistas se llevaron a cabo en entre julio 2020 y marzo 2021, con el objetivo de poder dar cuenta de las razones por las que las personas dejaban atrás sus países de origen, las circunstancias que rodearon su viaje, el trato recibido por parte de las autoridades migratorias, el motivo por

el cual retornaron, su reintegración en las comunidades de acogida y, finalmente, sus planes hacia futuro. Aunque las razones “del viaje” puedan ser comprimidas en unas cuantas categorías (económica, violencia, reunificación familiar, entre otras), no hay ninguna historia que sea igual a la otra. Cada una manifiesta una lucha por la sobrevivencia y por lograr una existencia con dignidad.

Este libro nace, entonces, con el fin de poder acercar al público en general estas historias recolectadas, y así contribuir a borrar del imaginario ciudadano los prejuicios que rodean a la migración. Quienes lo lean podrán darse cuenta -al adentrarse en las narraciones- que la realidad de este fenómeno es mucho más compleja de lo que popularmente se piensa y, quizá, podrán comprender a ciencia cierta que -frente a la misma situación de estas personas- quizá hubieran hecho lo mismo. Lograr esa identificación entre la realidad de quienes leen y la de los protagonistas de estas historias, es el fin último que desea alcanzar Cristosal para así generar empatía que haga que se sumen a demandar a los Estados acciones concretas que eviten el éxodo migrante.

Las quince historias que se ofrecen a continuación son la realidad de quince personas guatemaltecas, hondureñas y salvadoreñas. Aunque no se puede negar el uso magistral de la imaginación de los autores y autoras para plasmar las escenas, no se debe perder de vista su habilidad para poner, en formato de cuento, las experiencias vividas por quince personas reales. Cristosal agradece al Colectivo La Mosca Azul, por asumir este reto con profesionalidad de tal manera que pudieron plasmar con sencillez y veracidad estas experiencias.

La imagen, junto a la palabra, juega un papel muy importante a la

hora de transmitir mensajes, por eso el rol de la ilustradora Andrea Altamirano fue muy importante en la consecución de este libro. Ella logró aprehender con suma maestría el sentimiento detrás de cada narrativa y lo expresó en sus ilustraciones, lográndose así el complemento perfecto para cada cuento.

Con el fin de poder llegar a más audiencia, se realizó también la producción radiofónica de cada relato. Este trabajo, realizado magistralmente por Kevin Alarcón, Alberto Morales y Sofía Gabriela, nos ayuda a acercarnos a personas que, por diferentes circunstancias, no podrían leer este libro. Estas versiones en formato podcast, se pueden encontrar en la página <https://www.cristosal.org/>, donde también se encuentra este libro en formato digital.

Finalmente, Cristosal agradece a todas las personas migrantes retornadas guatemaltecas, hondureñas y salvadoreñas que compartieron sus historias con el equipo de investigación. Su valentía para contar sus vidas a un grupo de personas desconocidas nos impulsa a seguir este camino por la reivindicación de los derechos de las personas migrantes retornadas, y así contribuir a borrar los estigmas que les persiguen, desde la criminalización por actores políticos, hasta el miedo de la población en general, sobre todo en esta época de pandemia donde se les acusaba de ser portadores de COVID-19 por el solo hecho de ser personas deportadas.

Estas narraciones son, entonces, sus testimonios novelados. Y como tales, les debemos respeto.

A la buena de Dios

HISTORIAS DE MIGRANTES DEL NORTE DE CENTROAMÉRICA



A LA BUENA DE DIOS

Óscar González

A mi hija me la quisieron secuestrar. Entró corriendo a casa. Iba desarreglada. Sudorosa. Me contó que *ellos* se le aparecieron a unas cuadras del instituto. Iba con su mejor amiga. Uno se les acercó y les dijo que si querían ir a una *fiesta*. Le dijeron a mi hija que le querían dar su regalo por sus 17 años. Ellas se negaron y les dijeron que no querían tener problemas. En eso, una *troca* se estacionó a su lado y se les tiraron encima. Las empezaron a arrastrar. Mi hija logró zafarse y corrió. Su mejor amiga no pudo huir.

Ese día dejamos todo. *Ellos* nos conocen bien, saben todo de nosotras. No iban a tardar en llegar a la casa. De las pocas cosas que hice antes de salir, fue meter el pastel en la refrigeradora. No sé por qué lo guardé ni por qué lo recuerdo. Mi hija no pudo ni apagar las velas. No había piñata, solo unos pocos globos. Para eso me alcanzó el dinero.

Nos fuimos a otra ciudad. Una tía nos dio posada. Le pagué con trabajo. Lavé su ropa, cociné para ella. Mi hija le hacía los mandados. Pero la tranquilidad duró poco. Un día estábamos comprando verduras en el mercado cuando mi tía me tocó mi hombro. Estaba pálida. Me dijo que *ellos* nos habían encontrado. Me dijo que teníamos que irnos, que ella estaría bien, que no diría nada. Me dio dinero. Poco, pero suficiente para partir.

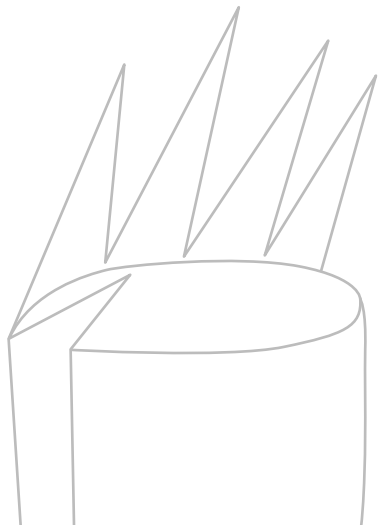
En la siguiente ciudad conseguí un trabajo en una maquila. Las jornadas eran agotadoras, pero con eso pude pagar un pequeño cuarto. Mi hija no salía. Yo no la dejaba estar en la calle. No quería

que nadie la viera, que nadie supiera ni su nombre. Pero la historia se repitió. *Ellos* me estaban esperando a la salida del trabajo. Nunca sé si son los mismos. No me gusta verles los rostros. Pero sé cuándo son ellos. *Madrecita*, me dijo uno y con eso me bastó para saber que todo había acabado. Volvió a decirme *madrecita* un par de veces más, para darme indicaciones de lo que tenía que hacer: caminar hasta la esquina, subirme al carro con ellos, bajarme en mi casa, sacar a mi hija, subirla y olvidarme de ella.

Comencé a caminar, mientras me seguían. El vigilante de la maquila me salió al paso. *Niña*, me dijo, *se le olvidó marcar la hoja de salida*. No supe qué decirle. Volví a ver y *ellos* ya no estaban. *No se preocupe por marcar. Hágalo mañana*, me dijo el vigilante. Salí corriendo para montarme en un mototaxi.

Nos fuimos del país con mi hija, a la buena de Dios. Caminamos hasta que se nos hincharon los pies. Aguantamos hambre y sed. Dormimos donde pudimos. Mendigamos. Nos tomó meses llegar aquí, a Estados Unidos. Cuando lo conseguimos, nos llenamos de esperanza.

Trabajábamos en un comedor cuando los agentes llegaron a verificar que los empleados fueran legales; como no teníamos papeles, nos trajeron aquí en un viaje que duró como tres horas. Le llaman centro de detención, pero más parece una hielera. Nos abrazamos con mi hija para soportar el frío en estas cuatro paredes en las que nos metieron. Yo les conté mi caso, lo que pasó con mi hija. Me dijeron que no estaban dando asilo a nadie. Me dijeron que pronto regresaremos a Guatemala. *Eso*, les dije, *es la muerte para nosotras*.





FRÍO

Jeannette Cruz

Me muero de frío. Me envuelvo en este pedazo de aluminio, pero no dejo de temblar. Suenan y suenan y suenan mis dientes rechinando. Mi mamá y mi hermanita han de estar en otro cuarto, aguantando frío como yo. Me hago una bolita, pero no me caliento. No me quiero acercar a los otros, no sé quiénes son. Nos metieron en una cárcel helada como refri, nos mandaron a acostar en el piso duro, y nos dan la comida que también le dan a los perros.

Mi mamá nos dijo a mí y a mi hermanita que cuando tengamos hambre o frío pensemos en cosas bonitas. Eso trato: el sol que entra por el hoyito de la puerta de mi casa, el polvo que flota en la luz, la brisa calentita de la ventana, el olor a tortilla tostada, el ruido de los pájaros buscando mangos. Aprieto la bolita que soy, pero no me caliento.

Nos fuimos del sol y de los pájaros porque mi mamá tuvo miedo de los que la llamaron pidiendo dinero y algo más que ella no me quiso contar. *Ellos*, los que me miraban salir y entrar a la casa y me hacían sentir sucia. Nos escondimos donde mi abuela un tiempo, pero se nos acabó el dinero y mi mamá no encontraba trabajo. Entonces agarramos camino para acá.

Allá en mi casa, mi mamá me dijo: “la policía no nos quiere ayudar”. Allá donde mi abuela, mi mamá me dijo: “ya tenés casi 14, ya podés entender por qué nos vamos”.

Aquí, cuando la migra nos separó, mi mamá me dijo: “no te preocupés, con vos vengo y con vos me regreso”.

Todo lo que conozco de Estados Unidos es esta cárcel.

Se apuraron en subirnos al bus, a nosotras tres y a otros niños y sus papás. Para los gringos, seguramente todos nos vemos iguales. Mi mamá va consolando a mi hermanita que no deja de llorar. Tengo las manos blancas del frío y el viento helado se me metió en los huesos y hoy no sé cómo sacármelo.

Cierro los ojos y hago una lista de todas las cosas a las que regresamos. No son muchas. Mi mamá vendió lo que pudo para venirnos. Tanto camino para nada.

Yo pensé que estábamos escapando del miedo, pero al final solo vamos coleccionando miedos nuevos. Hoy me dan miedo todos los hombres que me miran: los de la colonia, los del camino, los policías, los papás de otros niños. Me da miedo que el frío nunca se me quite, crecer y que me sigan mirando; los papeles que firmó mi mamá y que a saber qué son. Ella tampoco entiende nada. Mira por la ventana y está aquí, pero al mismo tiempo no está con nosotras porque va pensando en cosas que tampoco le dan calor: vamos de regreso. No tenemos dinero ni gente que nos ayude, no podemos volver a la casa donde mi abuela se está quedando ciega y mi tío se muere. Tenemos que regresar a la capital, y aunque mi mamá trabajara todo el día no va a poder pagarles a ellos.

Vamos de regreso al miedo.





PAN Y SOMBRA

Derlin De León

Si se mueven los rociamos. Eso dijo la policía cuando nos detuvo, y los que íbamos en el camión nos agachamos. Yo abracé a mi hijo y le dije que se quedara tranquilo. Eran como las tres de la madrugada y la noche estaba espesa porque no veíamos nada, solo a la gente que alumbraban los policías con sus linternas.

Habíamos salido unos días antes. Llegamos a una bodega descascarada; ahí estaba el camión y había bastantes mujeres y niños. Íbamos unos enfrente de otros, pero nadie hablaba ni se miraba, quizá por vergüenza, porque yo también la sentía. Después pensé en lo que siempre dice mi papá: ser pobre en una tierra sin trabajo no es culpa de uno, y me quedé más tranquila.

El camino es cansado, se le duermen las piernas a uno y los niños se desesperan. Cuando nos dejaron bajar ya era tarde y teníamos hambre. Solo nos dieron unos sueros y nada de comida y yo le decía al niño: ya vamos a llegar a un lugar donde hacen una comida bien rica. Y él solo me decía que sí, cómo si supiera que era mentira.

Y sí, porque nos terminaron llevando a una delegación y nos hacían las mismas preguntas a cada rato, para ver si decíamos mentiras. Y yo les decía que iba para los Estados Unidos, y que el niño era mi hijo y que en Guatemala la situación era difícil, porque no hay pan y sombra para todos.

De ahí nos llevaron a la cárcel. A mí me daba miedo, porque por esos días las noticias solo hablaban de los muertos que iba dejando la pandemia y casi nadie usaba mascarilla, porque no nos daban. Hasta ahí aguanta la cosa. Lo

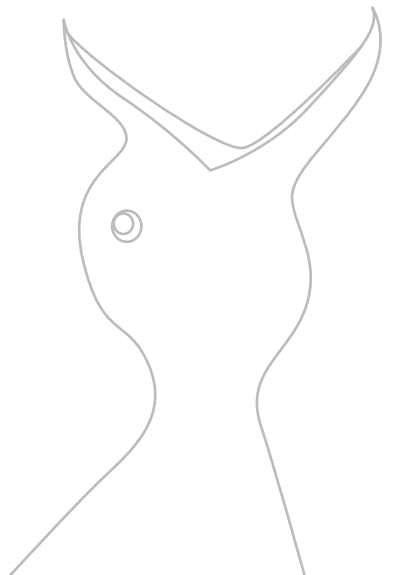
duro fue cuando me quitaron al niño porque no podía estar con los adultos y se lo llevaron a un lugar donde solo estaban los menores y yo me puse mal porque no estaba acostumbrada.

Y me la pasaba preguntando por mi situación y me decían que yo regresaba, pero que el niño se quedaba y eso me quebraba. Entonces les pedía de favor que me lo dieran y que nos íbamos a regresar y así estuve todos esos días hasta que, de tanto insistir, me lo dieron.

El niño apareció del otro lado del vidrio. Parecía tranquilo. Yo esperaba en el otro lado. Me frotaba las manos. Caminaba de aquí para allá. Había dejado los maletines en la banca y me acerqué a la puerta. Cuando el trámite terminó, el niño corrió a donde yo estaba y se me colgó del cuello.

Mi amor, le dije y el niño no dejaba de llorar. Yo me contenía y le secaba las lágrimas y le decía que nos íbamos para la casa.

Por eso he venido a molestarla, niña Lupe, porque tengo necesidad de unos quetzales en lo que encuentro trabajo. Le prometo que le voy a pagar esto y lo otro que le debo.





EL FIN DEL MUNDO

Hugo G. Sánchez

La lluvia convierte en barro la sangre del hombre. El lodo sanguinolento corre calle abajo. El torrente cubre el cuerpo, parece que el agua se lo quiere llevar hasta el mar, librar pronto al pueblo de esta carga, de este luto y dejarlo solo con el dolor de los otros muertos, los del virus.

—A su hermano lo mataron porque se parece a usted —le dijo el policía a Joaquín—. Los informes indican que lo buscaron primero en su casa, después en el parque y que iban para la cancha cuando encontraron a su pariente. Le descargaron un cartucho. Quizá por la lluvia no lo vieron bien.

Joaquín abraza a su madre. Mira cómo la sangre del menor de la familia se diluye y piensa que lo mataron en canje por su vida, pero tiene la certeza de que volverán, que lo esperarán, que lo matarán.

El llanto de la anciana se camufla con la tormenta, suelta un suspiro hondo y se aprieta más contra el cuerpo de Joaquín. Ella tiritita, más por el dolor que por el frío, más por el miedo que por sus achaques azuzados por el agua.

—Es mejor dejar que los muertos descansen —susurra la madre. Intuye algún deseo de venganza, el peligro de que su hijo mayor también acabe tirado en una acera.

Joaquín tiene el deseo de esconderse, huir, desaparecer. El policía le recomienda que se encierre, que no salga, que la anciana se encargue de buscar la comida y la medicina, que ocupe el lugar del hermano menor. Le recuerda que solo pueden

salir una vez a la semana de acuerdo a su número de documento, por su bien así lo ha ordenado el presidente, para cuidarlos del virus.

La lluvia cesa y un vapor húmedo sofoca pronto. Llegan los forenses ataviados de pies a cabeza con un traje blanco. Meten el cuerpo en una bolsa y la arrojaron a la cama del picop. Joaquín recuerda cuando eran niños y jugaban ladrón librado. Su hermano siempre era el malo y terminaba el juego tirado en el piso, haciéndose el muerto.

La lluvia pudre los cultivos. Una semana basta para poner en aprietos a los agricultores y más en este tiempo en el que nadie debe salir de su casa, todos son presa del miedo o de la amenaza.

El Gobierno transmite a cada momento en la televisión imágenes de gente muerta en otros países, de hospitales atestados, de personas ahogándose y cayendo en las calles, de cuerpos amontonados y enterrados en fosas comunes o quemados en hogueras improvisadas. Los soldados rondan las calles, los policías patrullan y en las noches sus botas resuenan siniestras.

Un par de horas le dieron a Joaquín y a su madre para velar el cuerpo. Nadie llegó a consolarlos, nadie llevó flores, nadie los abrazó. El carro de la alcaldía y la patrulla fueron puntuales. El cuerpo del hermano menor quedó en una fosa sin cruz, sin flores, sin dolientes.

Los nueve rezos fueron crueles al inicio. El silencio era más fuerte que las voces que repetían plegarias por las benditas ánimas. Pero al tercer día,

los vecinos pusieron velas en sus ventanas y se oían susurros. Una oración colectiva pedía clemencia por el joven asesinado.

Joaquín llora cada noche. Se culpa por la muerte de su hermano, se culpa por no haber entrado a la banda, por no mover las armas, por no vender la droga. *Así todo sería diferente*, piensa.

—Es un buen hombre —dice esperanzada la madre de Joaquín cuando escucha por la radio que el presidente entregará dinero a las familias necesitadas. Piensa que con eso comerán mejor algunos días y que tendrá para sus medicamentos.

Durante semanas han sobrevivido con el frijol y maíz que lograron almacenar antes de la pandemia. El hijo asesinado era el único que podía salir. Repartía comida para una empresa de pizzas, trabajaba con una moto alquilada, pero lo poco que ganaba ajustaba para llevar carne o pollo una vez a la semana.

—Lleve el teléfono de mi hermano, le voy a llamar cuando calcule que ya llegó —le dice Joaquín. Ella frunce el ceño al ver que el aparato no tiene carga. Afuera aún está oscuro.

—No te preocupés. Cuando venga de regreso voy a pasar comprando algo para comer y me voy a esconder el pistillo en el brasier, en esta bolsita que le cosí, por si anda algún ladrón —dice con un asomo de alegría en el rostro.

La madre de Joaquín llega antes del amanecer al lugar, donde no sabe si entregarán el dinero o solo los anotarán. Ya hay una fila inmensa. Llueve leve y se sienta en unas gradas a esperar.

Una fotografía de la madre de Joaquín se hace viral en las redes sociales. Por un rato es el símbolo de la desolación en medio de la pandemia. El hijo no la ve.

Joaquín solo se entera que no atendieron a nadie, que los regresaron a casa para que se anoten en una lista en internet, que los corrieron los policías. Ella le cuenta todo. Lloro.

El gobierno recrudence más la cuarentena. Manda más soldados y vehículos blindados a los pueblos rebeldes, donde más gente se ve comprando comida. Encierra a los desobedientes en centros donde es más fácil contagiarse, pide préstamos para regalar atún y macarrones, incluso a quienes no los necesitaban.

Pero a casa de Joaquín y su madre no llegan. Todo escasea. El hombre vive mareado por el hambre. Cuelga una bandera blanca en la puerta, pero nadie responde a ese pedido de ayuda. Cada día es más lento el tiempo, el calor vuelve pegajoso todo, el aire viciado de la casa hostiga, desespera.

Joaquín se asoma a la ventana solo de noche. Cuando no hay luces, cuando nadie puede verlo con el rostro pegado a los vidrios tratando de darle algo fresco a su cuerpo. Afuera, se imagina él, lo están esperando.

La comida se acaba. No hay nada para poner al fogón. Les llega el rumor de que en la entrada del pueblo hay alguien repartiendo víveres. La madre de Joaquín se aventura a salir, no es su día, pero sale.

En las redes circulan videos de hombres golpeando a otros en las pantorrillas, en la espalda. Los *bichos* imponen su orden, escarmentan a los desobedientes, a los que acusan de propagar el virus.

La mujer alcanzó una bolsa con arroz, frijoles, harina y azúcar. Se alegra porque hoy no aguantarán más hambre. Pero los *bichos* la paran.

Ella vuelve a casa temblando. Lloro de rabia y desconsuelo. La han castigado.

Joaquín quiere irse hasta el fin del mundo, aunque para él eso solo significa atravesar tres fronteras y llegar a los Estados Unidos. Pero el fin del mundo en tiempos del virus no es más que las paredes terrosas de su casa, el jadeo pausado de su madre en la cama y el recuerdo de su hermano asesinado bajo la lluvia.

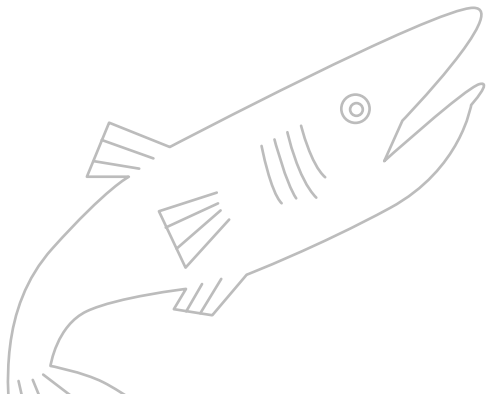
Una vez conoció el fin del mundo. Logró llegar, pasó el desierto y entró a su jungla de edificios, pero lo expulsaron.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Joaquín, regresa la fiebre. Un dolor de pecho lo inunda, se expande. Joaquín se recuesta junto a su madre. Espera.

Epílogo

Joaquín logra salir de casa y escapar de su país. Con dificultades puede llegar a Estados Unidos, pero es atrapado apenas pone un pie en este territorio. Es devuelto a El Salvador, no a México, donde tiene una esposa y un hijo.

Lo deportan a El Salvador un par de ocasiones más, pero en ninguna puede llevar flores a la tumba de su madre. Debe permanecer oculto mientras prepara su próxima salida. Le ha prometido a su primogénito una mejor vida, pero para ello debe ir más al norte, donde cree que el peligro que acecha a Centroamérica y México no lo alcanzará.





MANIQUÍ

Jeannette Cruz

Ruge el motor de la camioneta, zumba el viento por la ventana, todos gritan. La policía federal los persigue.

Sara agarra con más fuerza a la niña ajena que lleva en las piernas. Va sentada entre el conductor y otra muchacha. Van apiñados, van a más de 120 km/h, van escapando.

«De pronto Sara nos escribió que ya venía, nos dijo que con un coyote.»

Sara suelta a la niña que vomita. La muchacha acaricia la espalda de su hija mientras reza y llora. El conductor vaticina: “*Si nos atrapan ya nos llevó la chingada, su puta madre*”. Sara solo quiere llegar donde sus hermanas, abrazarlas, ver a su papá después de tantos años, pedirle que regrese a El Salvador a cuidar de su mamá, decirle: “yo me quedo trabajando por los dos”. El conductor frena de golpe frente a un arrenal, el chillido de las llantas le duele en los oídos. La persecución no ha terminado.

«Mirá, hija, no vengás, se sufre mucho en el camino. A la gente le pegan, la secuestran, y vos estás bien jovencita. Te puede pasar cualquier cosa fea y nadie va a responder por vos».

Los federales se adelantan a la camioneta roja en la que van los fugitivos y les cierran el paso. Los federales sudados, morenos, enfurecidos, sacan sus fusiles y disparan.

¡Que alguien nos ayude!

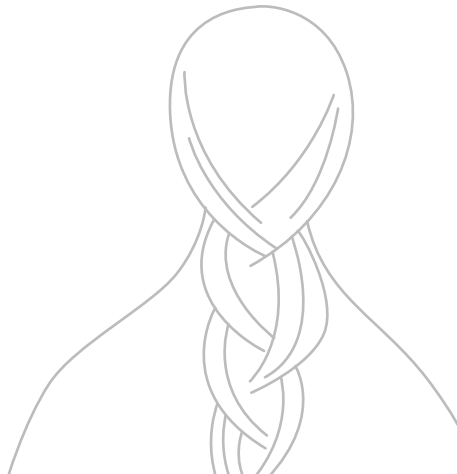
Una bala la alcanza.

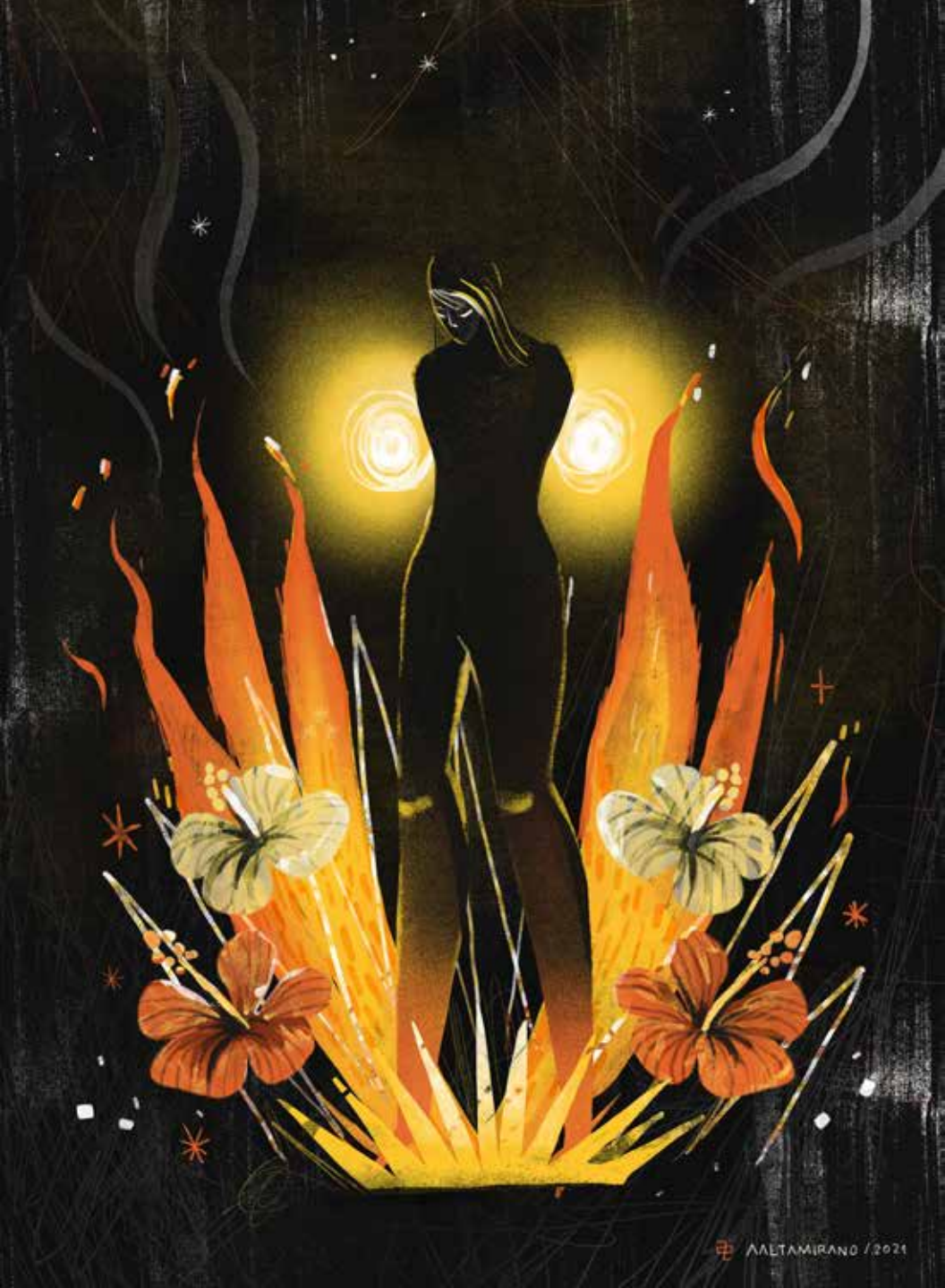
«¿Qué les costaba mandarlos de vuelta? Ellos pensaron “matémoslos y así no cruzan, matémoslos y se acabó todo”».

Su cuerpo es un maniquí mal puesto sobre el asiento. Su torso flota sobre el espacio donde iría el conductor, sus piernas se mantienen fijas en su lugar, como si la niña siguiera ahí sentada. Su cuerpo no sabe nada de los heridos que escaparon, ni sobre la muchacha rezadora que llamará a la hermana de Sara para avisarle que le dispararon en la cabeza. La muchacha cree que ya está muerta, pero a su cuerpo le falta media hora para terminar de morir.

«No era una basura, no era un animal: era mi hermana. ¿Por qué la mataron así?»

Los federales bajan y golpean al conductor, pero no podrán atrapar a todos los que huyen dispersándose en el desierto. Un policía se acerca a la camioneta, y ve a Sara hecha un maniquí con la cara revuelta y el pelo apelmazado por la sangre. El olor a metal y pólvora lo invade todo. Dentro de unos meses le preguntarán al agente qué vio, qué hizo, con quién se reportó. Pero eso ya no importa para Sara.





ANDREA

Derlin de León

Andrea se levantó de golpe porque le faltó el aire. El cuarto era una humareda sofocante. Corrió hacia la salida y encontró un fuego azul y rojo devorándolo todo. Afuera se escuchaba un alboroto de perros y de gente. Salió con el cuerpo ileso; con la voluntad calcinada.

—Hijos de puta —se dijo, con las manos en la cabeza.

Los vecinos intentaban sofocar el fuego. Andrea observaba con incredulidad.

A lo lejos escuchó su nombre.

¡Andrea! ¡Andrea!

Era Carmen, la única amiga que le quedaba. La llevó corriendo a su casa. Le dio agua. Después le dijo:

—Ya te pedí un Uber. Tomá esta ropa, cambiáte.

—No tengo adónde ir, Carmen —respondió con la voz cortada.

—Sí, pero te tenés que ir. Apurate.

—Pero yo no hice nada.

—Pero viste lo que hicieron.

Andrea rompió en llanto. Se vistió y tomó el dinero que le ofrecían.

—Está bueno —dijo.

Escampaba en la ciudad. El asfalto húmedo brillaba bajo las luces amarillas. Hacía frío, pero las chicas se volvían a tomar las calles con sus minifaldas y sus tacones.

Se paseaban por la cuadra. Pronto se sentaron a esperar. Fumaban.

—¿Y vos, niña, qué hacías antes?

—Trabajaba en un comedor. Ahí por la iglesia del Divino Socorro — respondió Andrea.

—Yo desde chiquita ando en la calle. No he tenido otros trabajos. De aquí comen mis niños y mi abuela.

Un carro se acercaba muy despacio. Las dos se pusieron de pie.

Hola, amor. Vení, papi. ¿Nos vamos?

Pasó de largo.

Caminaron un rato por la cuadra, saludando a los carros que iban y venían. Reían, hacían bromas. Nadie podría adivinar el peso de sus vidas. Les cayó de nuevo el frío de la madrugada y se volvieron a sentar.

—¿Y cómo te animaste?

—La Meli me ayudó. Me quedé sin trabajo por la pandemia. Después tuve un problema en la colonia y me tocó salir corriendo.

—Me contó aquella que te...

Andrea guardó silencio. Luego dijo:

—Sí, me vergüiaron toda. Después me agarraron entre varios. No sé cuántos. Terminé toda hinchada. Tenía miedo de que me pasaran una enfermedad.

—¿Fuiste a la policía?

—¿Para qué, vos? Si en la unidad de salud me trataron como basura ¿Te imaginás en la delegación?

Un carro se parqueó frente a ellas. Andrea se acercó a la ventana. Se subió al carro. Regresó a los pocos minutos y volvió a tomar su puesto. Sacó los billetes y los guardó en la otra cartera. Abrió otra cajetilla de cigarros, le ofreció uno a su compañera. Dio una larga bocanada y continuó:

—Después de eso comencé a trabajar con una amiga en la calle de los moteles. Reuní dinero y me fui para el Norte, fijate. Pero no me dieron asilo.

—A nosotras no nos dan, vos. Por lo mismo.

—Más me tardé en llegar... pero estoy ahorrando de nuevo para volverme a ir. Siempre ando pensando que me van a encontrar.

Por la esquina doblaba una camioneta negra.

—Allá viene don Julio, Andrea.

—Ya se había tardado.

—Se nota que lo atendés bien, niña.

—No sé, casi no hacemos nada. Solo le gusta tocarme mientras me llama Javier. Ya casi nadie me dice así.





EN ESPERA

Óscar González

Te digo que no nos podemos ir. Hay que esperar. Yo sé, yo sé. Tené paciencia. ¿Querés un poquito de agua? Vaya, tomá. Despacio. No, no, yo le voy a dar a tu hermanito cuando le dé sed; ahorita no quiere. ¿Más? Vaya, le voy a preguntar a la señora. No, no a esa, a la otra. La que les dio los peluches. Sí, ella.

Hola, disculpe. ¿Cree que me puede dar un poco más de agua para los niños? No, no importa si está tibia. En serio, gracias. Míre, aprovechando, ¿sabe si nos darán asilo? Perdone que le pregunte. ¿Él me dirá? ¿Ahorita? Solo les daré el agua y voy a su oficina.

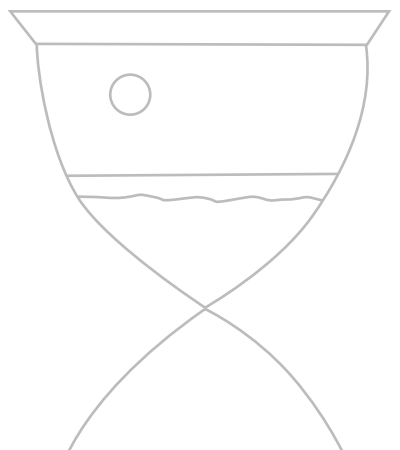
Aquí está. Voy a volver en un rato. Tengo que ir a hablar con un señor. No vayas a hacer nada. Ya voy a regresar. Si todo sale bien nos iremos pronto. Vamos a vivir en una nueva casa. Ya vas a ver: una bien bonita y grande. Cuando vuelva les voy a sobar los piccitos. Sí yo sé que caminaron mucho. A mí también me duelen todavía. Pero ya no vamos a caminar más, ya vas a ver. Espérame aquí y cuidá a tu hermano. ¡Y que no se meta nada a la boca, por favor!

Buenas tardes. Con permiso. Me dijeron que quería verme. ¿Más de dos meses? No, no me diga eso. ¿Cómo se puede tardar tanto? ¡Por Dios! ¿Y qué puedo hacer mientras espero? Mis niños están desesperados. Yo también. No, usted, no puedo volver. No hallaba trabajo y por eso me vine en la caravana. Sí, yo venía en esa. Viera qué feo fue. Con los militares y eso. Yo solo hice todo para que a mis niños no les pasara nada. No, solo el susto. Pues porque en Honduras todo está bien difícil. Yo no tengo quién me

ayude. Y del Gobierno no espero nada. ¡Nada! Yo busqué trabajo en donde pude, pero no me dieron. Me estaba yendo muy mal. No me quedó de otra que irme. Mi destino era Estados Unidos, pero México está bien, créame. Me gusta este país. ¡Por favor, ayúdeme a quedarme! Perdón, perdón. Sí, está bien, me calmo. Con permiso.

Hola, señorita. ¿Cree que puedo hacer una llamada, por favor? A mi país. No me voy a tardar. Muchas gracias.

Aló. Mamá... Sí, soy yo. Estoy bien. Siguen conmigo. No voy a dejar que me los quiten nunca. Ya no aguantan, mamá. Me piden regresar a Honduras, me dicen que no quieren estar aquí. A mí bien sabe que no me gusta pegarles, pero por ratos... Viera cómo llora el más pequeño. ¿Mamá? Pensé que se había cortado. Escúcheme, mamá, no tengo mucho tiempo para hablar. Le voy a contar rapidito. Le conté que habíamos pedido asilo en México. Pues me han dicho que son más de dos meses para ver si nos podemos quedar. No sé si esperar o regresarme, pero ¿a qué? Allá no tengo nada. Usted bien sabe cómo estaba. Mamá, ¿qué hago? No, mamá, no la puedo cargar a usted. Perdón, no quiero que me oiga así. No, usted tranquila; vamos a estar bien, ya va a ver. Perdón, tengo que colgar. Le llamo cuando pueda.





YA FALTA POCO

Derlin De León

—Seguí... seguí avanzando, Florencia.

—Estoy cansada.

—Agarráte bien, estas aguas son traicioneras.

—Tengo frío.

—No te detengás, ya falta poco. Allá están las luces de la otra orilla ¿Ves?

—¿Y si es la migra?

—No es. Ya te dije.

Iban entre la negrura del río, sin mirarse, porque la luna se escondía en el espesor de la noche. Sabían que avanzaban porque reconocían, cada uno, el movimiento ondulante del otro. Florencia se volvió a detener.

—¡El niño! —exclamó.

—Seguí, ya casi.

—No tengás miedo, mi amor —dijo, con la mano en el vientre—, yo te cuido.

En la orilla sintieron un frío distinto. El frío inclemente del río Bravo. El frío tosco y reconfortante de la tierra. Siguieron por la breña, deteniéndose a cada momento, esperando a que las luces de las lámparas se alejaran. Corriendo. Florencia dejó de preguntar, solo corría detrás de su hermano.

—Ya casi. En la siguiente nos metemos.

Ella seguía sosteniendo su vientre. Respirando profundo. Podía escuchar su corazón. Podía sentir la sal de su cansancio.

—Quiero acostarme.

—Vamos a descansar allá arriba. Te voy a llevar agarrada.

Florencia sollozó.

—Esto es por tu bien, Florencia; por el niño. Por eso lo hacemos. Ya ves que Olancho es una mierda; toda Honduras es una mierda.

—Soltáme.

—Si regresamos nos matan.

—Ya sé —dijo, apenas murmurando.

Las luces terminaron de pasar, pero Florencia no pudo correr detrás de su hermano. Sintió escalofríos. Sintió como el viento le secaba el sudor mientras balbuceaba palabras. Sintió sueño. Luego un profundo alivio.

Despertó en un lugar pulcro y frío. Sobre la mesita de noche había alcohol en gel y mascarillas. Miró a la gente que estaba en la habitación, pero no encontró a su hermano. Se dirigió a la mujer que pasaba junto a su cama:

—Hola, disculpe...

—No se levante.

—¿Adónde estamos?

—En el refugio San...

—¿Refugio?

—No se preocupe, ya le darán información. ¿Cuál es el nombre del padre de su hijo?

Camila se encogió de hombros y agachó la cabeza.

—No sé —dijo.

—¿No sabe quién es el padre de su hijo?

—No, es que... a mí me violaron —respondió en voz baja.

Los días iban pasando y el hielo se le iba quedando en la nariz y en los ojos. *Es como estar en una hielera*, pensaba, y se calentaba las manos con el vapor de su aliento. También se calentaba el corazón con el recuerdo.

—¿Ha visto a un hombre de pelo corto, de camisa azul? —preguntaba.

—No.

—Moreno.

—No.

—Alto, como así —decía, midiéndolo con su mano.

—No.

Les decía su nombre completo con fecha de nacimiento, y donde tenía sus cicatrices y sus tatuajes. Y nada.

—El bebé está bien —le respondían—. De tu hermano no tenemos informe.

—¿Y yo?

—Ya falta poco, Florencia.

—¿Para qué?

—Para tu regreso.

—No me quiero regresar —les decía.

—Agárrese bien, este río es bravo.

—Tengo frío, mami.

—¿Ve aquellas luces?

—Sí.

—Allí es, ya casi.

Florencia avanzaba por un camino que conocía de memoria. Un camino que engullía sueños y hombres. Avanzaba por la grieta angosta y oscura de la esperanza.

—Las luces —susurró el niño.

—Agáchese.

—Tengo miedo, mami.

—Cerremos los ojos, mi amor, para que no nos vean.





EL GUSANO

Hugo G. Sánchez

El miedo le muerde la carne. Ángel se sienta en la orilla del tren en marcha y uno de sus captores le sacude la cabeza de un manotazo, pierde su gorra. El viento la atrapa, la arrastra hacia los rieles, la Bestia la engulle.

El gusano metálico corta el aire, se sacude con cada metro que devora. Abajo, el abismo deforme y un río infinito de polvo. Atrás, en su país, no lo espera nadie. Adelante, en Tamaulipas, todavía hay una esperanza o su espejismo.

—Te vas a venir a trabajar para nosotros —le dijeron los tres zetas. Las armas se mantuvieron en sus cintos, la palabra obró fácilmente a la sombra de su fama. Nadie cuestionaba el verbo convertido en plomo de uno de los carteles más célebres de México.

Ángel los conoció hace varios meses, cuando lo bajaron de la Bestia junto a un pequeño grupo de centroamericanos a pocos kilómetros de su destino. Los encerraron varios días. Era liberado el que podía confirmar que sus familiares depositaban en una cuenta bancaria su rescate. Él fue el último. Su madre vendió lo que pudo, empeñó otro tanto, prestó y pidió en la calle para pagar.

Ángel fue el único que quiso hacer algo. Esperó que la Fiscalía le ayudara, le pidieron pruebas y luego más pruebas. Después no pidieron nada, nadie hizo nada. Ángel desistió, volvió al camino y ahí lo encontraron.

—Oídos y ojos tenemos en toda la ruta —le espetó uno de los sujetos. Ángel cerró los ojos, esperó una detonación, pero el vértigo fue el plomo que lo hundió en el vacío.

Ángel es Icaro. Ángel cae.

Siempre buscaba ese mismo lugar en México porque ahí lo tenía todo. Trabajaba bien tranquilo sin ningún problema, vivía una vida normal, sin estar preocupado de que me anduvieran siguiendo los *muchachos* de mi país.

Yo sabía que la migra me iba a llegar a traer tarde o temprano. Siempre hay alguien que le tiene envidia a uno por ser centroamericano y ganarse la vida honradamente. Las autoridades son algo turbias, te golpean y todo eso, porque no eres del país de ellos y no, no te tratan bien.

El camino me lo puedo, tres veces lo he caminado, ya no pagaba coyote y cuando venía de regreso le podía ayudar a algún compatriota perdido. La primera vez quise ir a los Estados, pero a última hora me quedé.

No crea que fue chiche agarrar camino, porque en mi país no puedo estar. Aquí no se puede vivir, todo es un cementerio, una fosa clandestina, y no quisiera que por mi culpa maten o desaparezcan a mi viejita.

Me imagino que usted ha visto ahí en el *feisbuk* que aquí abajo mandan las maras. Acá es su ley la que se obedece, usted puede ser cura, doctor o policía, nada lo salva. Yo fui víctima de estas personas por el hecho de que yo pertenecía a las Fuerzas Armadas y sin ninguna razón me detuvieron, me privaron de mi libertad y me empezaron a hacer tortura. Sobreviví porque me dieron por muerto. Si yo no fuera tan creyente, le diría que ahí me dejó Dios tirado, pero quizá él me terminó salvando. Yo era un cristo, como el de la película, un desecho.

Cuando se enteraron de que estaba vivo me anduvieron taloneando. Salí del hospital y me fui de la capital, pero a donde iba me seguían y esa no es vida. Los recuerdo a todos, la mayoría están presos y los que no, pues están muertos. Pero los recuerdo. Cuando me duelen las cicatrices, los recuerdo.

El policía municipal apaga el televisor y mira por la ventana a un grupo de perros negros peleándose por un pollo muerto. Una mujer de piel cobriza se aparece. *Un hombre cayó del tren. Mucha sangre. Todavía vive. Ayuda.*

El agente pierde el tiempo buscando las llaves de su puesto de vigilancia, cierra las ventanas y la puerta, pone un candado, revisa dos veces. El policía camina bajo el sol, sin prisa. *Debe ser un catracho o un chapín más. No habrá mucho que hacer.*

El uniformado observa el pánico en una o dos caras, el asco en otras. Son quienes no se acostumbran a estas escenas. Su compañero llega en la patrulla. Entre los dos arrean a la gente. *Está muerto. Váyanse a chingar a otro lado.*

A esta hora un olor a comida austera viaja por el aire. No llegan ni los paramédicos ni los forenses. Uno de los policías va por tortillas y queso, se acomodan en la patrulla. Comen.

El tiempo pasa. La sangre se seca, ya no fluye. Las moscas rondan los coágulos, los trozos de carne, los huesos expuestos. Ángel es un cuerpo extraño, una criatura moldeada por el acero, un profeta rojo atravesado por el gusano de hierro.

Ángel sigue ahí, se desvanece en su abismo interior, sus piernas son una mancha, un testimonio del horror de la huida. Ángel sigue cayendo, sin alas, con el sol como juez y testigo.

Todo se hizo blanco tras la caída, como en una explosión en la cara. Luego vino un dolor intenso, algo crujió, el dolor se disipó en una niebla lechosa y el cuerpo de Ángel se hizo un río carmesí.

La ceguera blanca no da paso a un carrusel de recuerdos. En la agonía, Ángel solo puede ver varios rostros, todos conocidos, ninguno amado.

Los recuerdo a todos, la mayoría están presos y los que no, pues están muertos. Pero los recuerdo. Cuando me duelen las cicatrices, los recuerdo.

Una vez su madre le contó que cuando el alma sale del cuerpo, uno se muere. Pero hay veces en las que el ángel de la guarda cambia de parecer, devuelve el alma al cuerpo y es decisión de Dios dar la orden de que se levante. Si esta no llega, el juicio está dado. El encierro en la carne putrefacta es el infierno.

Dos nombres de mujer le ahuyentan el recuerdo, como dos halos de tristeza, y algo parecido a la paz le llega. Ángel quiere llorar, Ángel quiere despertar y no puede.

Pasaron horas. Todos me daban por muerto. Unos socorristas llegaron y vieron que aún tenía signos. Desperté en el hospital a los ocho días. Yo estaba solo, ya no tenía piernas, el tren me cortó la mitad del cuerpo, me partió el tren. Después de que se me curaron las heridas, acepté que me deportaran. Pensé que acá me tratarían mejor, pero siempre que pienso algo bueno de esta tierra me equivoco.

No me han recibido en ningún hospital por miedo al virus, dicen que yo lo puedo tener porque a los retornados no nos hacen exámenes.

¿Prótesis?

No, es imposible, no hay lugar donde, no tengo nada de piernas, no tengo nada, estoy partido a la mitad.





SOLOS CAEMOS

Óscar González

Zelaya: Es mi año, Joaquín. Después de tanto tiempo encerrado aquí, voy a salir libre. Te conté que no es la primera vez que estoy preso. Estuve en la juvenil. Era pura lloradera, ¿sabés? Nunca había estado encerrado; ahora ya estoy curtido. Me vine aquí a los Estados huyendo de la guerra. El Salvador era una gran matancinga en ese entonces. Yo no hablaba nada de inglés. Estaba vendiendo marihuana y me pescaron los gringos. Cinco meses, Joaquín, y después que me entregan a migración y me regresan a El Salvador. La cosa allá estaba peligrosa, peligrosa.

Joaquín, alias el Mudo Chicano, golpea un barrote una vez para afirmar que sabe de lo que habla Zelaya, aunque no sea salvadoreño ni nunca haya estado en Centroamérica. Zelaya le ha contado sus historias en repetidas ocasiones. Siempre hay algún matiz, un pequeño detalle nuevo, pero no le presta mucha atención. Ahora es diferente. Está alegre porque pronto su vecino de celda terminará su condena. Se irá, mientras él se sigue pudriendo tras las rejas. Lo de “mudo” se lo ganó porque, tras tanto repetir que era inocente, dejó de hablar.

Zelaya: Seis meses después, Joaquín, me regreso a Estados Unidos. Fijate que le iba a hacer huevos a la situación allá, pero no me quedé mucho por lo que pasó con el guerrillero. ¿Te conté cómo fue la cosa? Un día los subversivos y el ejército se agarran a balazos en la colonia, y a mí me gustaba mirar cómo se tiraban. Uno de tonto, ¿verdad? Pues que veo cómo matan a un soldado y, después, los guerrilleros vienen a mi casa; eran dos, una muchacha y un muchacho. Ella me pide que esconda a su compa. Yo no quería bronca y lo dejo pasar. Ella se fue. El muchacho se sentó en un rincón a esperar. Como a

la hora, se puso ansioso, vio por la ventana y me dijo: “ya se fueron”. ¿Y qué pasa? Sale de la casa y en la esquina lo agarra el ejército. Menos mal no vieron de dónde salió. Pero más tarde vino la muchacha a decirme que yo lo había entregado. Y no. No lo hice. Yo problemas no quería y por eso me fui. Y que me vengo a este país por segunda vez.

Joaquín carga su cuerpo contra la pared y accidentalmente se golpea la cabeza. El ruido distrae a Zelaya pero, en lugar de preguntar qué le pasó, sigue hablando.

Zelaya: Estaba en una construcción, comiendo mi almuerzo, cuando apareció la migra. Me pidieron mis papeles y yo nada. Me entregué. Me deportan por segunda vez. Pero yo no iba a esperar para volver. Me regreso rapidito, ya para ese momento me podía bien la ruta. ¿Sabés cómo me atrapan la tercera vez? Por un perro. El muy cabrón me agarró caminando por el monte de madrugada. Era de esos pastores que ellos tienen. Ni ladró. Así de entrenados están. Sentí la mordida, pegué el grito, y me cacharon. Deportado.

Joaquín, al otro lado, abre y cierra la boca como si mordiera algo. Esa anécdota le causa gracia. Se imagina el mal sabor que le dejó Zelaya al perro. Zelaya: *¿Y qué hago yo cuando ya puedo caminar bien de nuevo? Pues que vuelvo. Lo que no sabía era para qué. Había logrado establecerme con una mujer y hacerme de mis cositas. Todo parecía viento en popa. Y un día que me paso un alto y, al rato, me detiene la policía. Yo pensé que de nuevo me iban a regresar a El Salvador, pero no. Me dicen que por ingresar varias veces a Estados Unidos debo ir a prisión. Yo no dije ni pío. ¿Qué más podía hacer, Joaquín? Nosotros solos caemos.*

Joaquín golpea sus barrotes. Zelaya se acerca a los suyos para ver qué pasa. Ve el brazo extendido de Joaquín, con sus tatuajes ya decolorados, con su dedo índice que señala a los custodios poniéndose unas mascarillas. Joaquín piensa lo peor, eso le ha dicho Hollywood en sus películas: hay algo malo en el aire, todos están en riesgo.

Zelaya no entiende nada. Pero después de unos meses lo hará. Joaquín morirá por la enfermedad. Zelaya siempre dará negativo, aunque presente síntomas. Lo deportarán por cuarta vez en avión, encadenado, enmascarillado, bañado en alcohol gel. No podrá volver tan pronto a Estados Unidos, aunque quiera. Lo meterán en un albergue, junto a otros que no saben qué es estar encerrado.





TIERRA PROMETIDA

Jeannette Cruz

Cuatro hombres armados saltan a la calle y se atraviesan en su camino. René frena. Se debate si retroceder o avanzar. Escapa en sentido contrario, buscando calles más transitadas y otros carros con luces encendidas, pero está solo contra la soledad de la noche. Se arrepiente de venir a dejar a sus amigos a una colonia donde no lo conocen. Cometi6 un error de principiantes: estar en un lugar que le pertenece a *ellos*, aunque ese lugar sea la calle.

Mira compulsivamente por el retrovisor y, aunque nadie lo persigue, acelera como si lo hicieran. Se estaciona en su casa, después de una hora de escapar de los fantasmas.

René se detiene frente a un puesto callejero a ver las frutas. El hombre sentado junto a los canastos lo saluda; René le corresponde. El hombre le pregunta si él es el Flaco y René entiende en ese instante que no está hablando con un vendedor, sino con una amenaza. El hombre se le acerca para mostrarle que tiene un arma. “Metete a esa pupusería, tenemos días de andarte buscando”.

René niega todo, pero obedece, rogando que le crea que no es de ninguna pandilla, que él no se mete con nadie, que se equivocaron de persona, que por favor lo deje ir. El celular del hombre-amenaza vibra, y él contesta y reporta todo. René sabe que del otro lado está la muerte. Todos alrededor se enteran de lo que pasa, pero nadie hace nada. El hombre-amenaza cuelga, mira un largo rato a René. El otro,

desesperado, insiste en repetir lo que ya dijo. Llega un carro negro y el pandillero le dice: “Te salvaste, pendejo”.

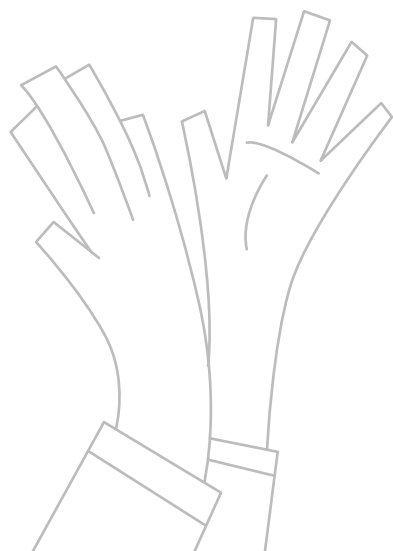
Se va.

Después de noches enteras de desvelo, finalmente lo decide: renunciará a su trabajo, venderá su carro, comprará un boleto que lo lleve lejos.

Se imagina a sí mismo haciendo dos maletas, despidiéndose de sus papás y tomando un avión hacia España, donde no hay mareros ni calles que les pertenezcan. Allá, se dice, ganará en un día lo que aquí gana en un mes. Allá, se promete, reunirá el dinero que necesita para poner una empresa que lleve los apellidos de sus padres. Allá, presente, es la tierra prometida que da leche y miel.

René no ha vivido, todavía, el hambre de los albergues, la desidia del gobierno ajeno, la desesperación de un año de espera a tres grados centígrados, la soberanía de una pandemia que cierra todas las puertas.

Y mientras no sepa que la tierra prometida es un claustro congelado, creará en su sueño.





NO QUERÉS DESPERTAR

Hugo G. Sánchez

No querés despertar. Sabés que al abrir los ojos ellas no estarán aquí, que nadie te llamará papito y sonreirá al verte o correrá para abrazarte, nadie. Sabés que solo el vaho de decenas de hombres postrados cerca de vos te golpeará la nariz y alejará los recuerdos. Hace tanto que no las mirás y temés estar olvidando sus rostros o la forma en la que se pronuncian sus nombres.

No querés despertar porque los dolores volverán a tomarse tu cuerpo, el recuerdo del gas te herirá el pecho y querrás llorar sin saber la razón. El eco de las voces extrañas que te gritaban palabras que no conocías te abrumará. Verás sus caras furiosas mientras te disparaban algo que no te mató, al menos no del todo.

Creías que orar era bueno en todas partes, pero en la tierra de las libertades te hicieron ver que no, que un migrante centroamericano encarcelado no puede orar donde quiera, menos en el patio de una prisión cuando ha terminado el recreo, menos si lo hace para pedir ayuda.

No querés despertar porque así, dormido, olvidás que no estás en casa, olvidás que nunca más estarás en tu hogar, porque no podés volver, porque huiste y uno no regresa al lugar de donde huyó. Así, sin despertar, te olvidás de que siempre estás viendo sobre tu hombro, sospechando del muchacho de la esquina que tiene puestos los audífonos del teléfono, que llama a alguien que no conocés, en algún lugar que no querés conocer. Sentís miedo.

Tu casa ahora solo es una sombra en tu memoria, pensás que las paredes blancas, que tu esposa e hija pintaron en las vacaciones de Semana Santa, ahora son testigos de cosas innombrables, de dolor, quizás de muerte. *Tiene veinticuatro horas*, te dijeron. Eso bastó para cambiarte la vida.

No querés despertar y verte en un limbo, sin saber cuándo saldrás de aquí o si regresará tu familia. Creíste de buena fe que volver a tu país sería lo mejor para que a ellas les dieran asilo, pero lo mejor era resistir.

No querés despertar y recordar que quienes debían darte auxilio no lo hicieron. *Su país es un tercer país seguro*, te dijeron antes de regresarte a esperar clemencia en tu tierra. *Su presidente y nuestro presidente ya firmaron un acuerdo para que esté seguro*, te aseguraron sin escucharte, sin conocer el pavor que venía atrás de vos, menos tu historia.

Te encerraron con otros hombres parecidos a vos: tristes, temerosos. No importó el virus, a tu derecha e izquierda tosián, la fiebre sofocaba a quien podía. Ahí te contagiaste, pero lo supiste hasta que llegaste a tu país. Acá todos tosen, todos sufren, todos piensan que morirán.

No querés despertar un día y darte cuenta de que ellas no estarán más.

Si despertás temprano no querés abrir los ojos. Te decís que si no los abríes es como si siguieras dormido, pero de nada sirve. Acostado en el catre, molido por el dolor, te imaginás cada detalle del día en que a tu hija la siguieron y logró escapar.

Ves en tu mente cada paso, cada jadeo y lágrima de ella. Ves cómo logró escapar sin dejar nada atrás, pero tu mente te juega en contra. Imaginás

golpes, manos desconocidas recorriéndola, cuchillos, mordidas, gritos y al final un silencio eterno.

Despertás. Es temprano. No querés abrir los ojos. Estirás la mano con una vaga esperanza de que al otro lado estará la mano de tu esposa, pero no, no está.





LA PESTE

Jeannette Cruz

Cae una guacalada de agua helada sobre su espalda. Morena respira hondo y agradece el frío. Está nerviosa por lo que viene. Si pudiera quedarse aquí, en su casita, se quedaría. Pero ya no tiene nada qué vender y se le acaba la comida para sus tres niños.

Morena tiene hambre.

Le gustaría despedirse de su papá con un abrazo, pedirle a su mamá la bendición antes del viaje, pero no puede. Hace cinco años que sus padres y hermanos viven en el cerro, escapando de *los bichos* que amenazaron con matarlos a todos, nombrándolos uno por uno, pasando lista. Su familia huyó, pero ella, que tenía un buen trabajo, se arriesgó a quedarse.

En el cerro también había *bichos*.

“La peste está en todos lados”, se dice, mientras más agua cae sobre su espalda.

Un día, ella perdió su buen trabajo. Un día, su esposo también se fue. Sólo le quedaron sus hijos, sus deudas y sus manos para trabajar en casas grandes y bonitas que jamás serán suyas.

Entonces llegó la pandemia, y con ella el hambre: no hay trabajo para nadie. Le ofrecieron irse, dijo que sí. Ayer fue a dejar a sus niños al cerro. Morena se irá sola con el coyote en una hora.

No se va porque quiere, nunca le importó irse. Se va porque se están quedando sin comida.

Cae una guacalada de agua helada sobre su espalda. Morena respira hondo y maldice al frío. Está de regreso en su casa y no porque quiera. Tiene más de un mes sin ver a sus hijos, y aunque le gustaría ir al cerro, le da miedo llevarles la peste.

Su hermano dice que los niños están bien, pero quien sabe: *los bichos* también están allá.

Morena tiritita. Está segura de que el frío ya se le quedó dentro después de estar en todas partes: en el camino, cruzando el agua sucia del río, en la ciudad con nombre gringo a la que finalmente llegó.

Ahí la encontraron. Los perros y los policías la rodearon y todos ladraron por igual. Sintió que la cazaban como a un animal: la emboscaron, cerraron todas sus rutas de escape, la atraparon y la encerraron en una jaula.

En la cárcel pidió asilo, pero la apaciguaron como ella apaciguó tantas veces a sus hijos: “Mañana”, “Cuando lleguemos allá”, “Pregúntale a los señores esos, a ver qué te dicen”.

En México la regañaron como ella regañó tantas veces a sus niños: “¿Por qué no lo pediste allá? Aquí no damos asilo”. La habían cazado, encerrado, metido en un bus con otros veinte animales atrapados... y le habían mentido.

Firmó una deportación voluntaria para regresar donde sus hijos. La peste, que lo tocaba todo, los obligó a encerrarse medio mes en un albergue hondureño.

“Encierro después de otro encierro”, se dice y deja el jabón a un lado.

Morena trata de levantar el guacal con la mano izquierda, pero no puede. Una noche de cuarentena la despertó el dolor: la mitad de su cuerpo se escapó de su voluntad y dejó de obedecerle.

Morena se queda quieta, adolorida, viendo al guacal moverse sobre el agua de la pila. No tiene valor de decírselo a sí misma, a su reflejo en el agua, pero en el fondo desea que la peste (cualquiera, alguna) se lleve su fracaso, su hambre, su dolor. Que la peste se lleve a sus hijos si se le da la gana. Que la peste acabe con todo.





LOS ZUMBIDOS

Óscar González

El celular de Camila vibra. *Ellos de nuevo*, piensa. Quisiera tirar el teléfono, pero eso despertaría a Fernandito. Sale de la casa. Siente en la palma las sacudidas de quienes la han hostigado. Se hinca, escarba la tierra y entierra el aparato.

Sabe que no se le puede hacer tarde. Entra a su casa. Llena un bolsón de pchas, pañales, tortillas, agua. Nada de fotos. Nada que le recuerde su pasado. Solo su pequeño y ella. Toma su refajo multicolor y envuelve al niño de tres años. Lo coloca cerca de su corazón. Se pone al hombro la maleta. Sale.

Avanza entre la oscuridad y la maleza. Se alegra de no escuchar ningún zumbido.

—Aló.

—Señora, es un placer informarle que es la ganadora de 50,000 quetzales y un carro.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sí, señora, así es. Estamos realizando un concurso y su número salió elegido en la rifa para recibir el primer premio.

—¿En serio?

—Sí, así es, señora. Perdón, ¿su nombre?

—¿Mi nombre?

—Sí, señora. Es para crear el registro con los datos de la ganadora.

—Camila S.

—Excelente. ¿Su edad?

—Yo tengo 36.

—De acuerdo. ¿Acompañada? ¿Casada? ¿Soltera?

—Acompañada. Bueno, soltera, ya no vivo con él.

—Entiendo, entiendo. ¿Hijos?

—Yo... tengo uno, tiene un año.

—¿A qué se dedica?

—No trabajo. A veces lavo ajeno.

—Entiendo. Bueno, señora, esos serían los datos iniciales para su registro. Perdón, ¿la puedo llamar Camila?

—Sí.

—Bueno, Camila, espero que se sienta muy feliz con la noticia del premio. La felicito.

—Gracias. Sí, sorprendida.

—Nos alegramos de sorprenderla. Bueno, para continuar el proceso necesitamos un depósito de 1,000 quetzales...

—¿Mil?

—Sí, es para pagar el papeleo y poder entregarle el dinero a su cuenta.

—Pero es mucho. No lo tengo.

—Camila, ¿va a dejar pasar esta oportunidad? Son 1,000 quetzales frente a los 50,000 que va a obtener más el vehículo que es último modelo, de agencia.

—Pero es que es mucho. Mil quetzales es mucho para mí.

—Bueno, puede hacer varios pagos. ¿Cuánto podría dar como pago inicial? Con eso le haremos el favor de arrancar el proceso, y así no tener que llamar a otra persona para otorgarle el premio.

—Solo tengo como 150.

—Es muy poco. ¿300 no podría conseguir? Es una gran oportunidad. No la pierda.

—Voy a tratar de conseguirlos.

—¿Para mañana? Necesitamos empezar el proceso pronto.

—Mmm. Voy, voy a tratar.

—De acuerdo. La vamos a esperar. La cuenta a la que debe depositar es...

Al día siguiente, Camila se levantó temprano para dejar a Fernandito con su hermana. Se fue a la capital a vender lo que pudo: una plancha, una radio y ropa. También le pidió prestado a su hermana, prometiéndole el doble.

En la siguiente llamada la felicitaron y le pidieron una foto del comprobante. Le dijeron que tenía una semana para abonar otros 300 quetzales. Se cumplió el tiempo y no pudo recaudar el dinero. La tercera llamada le exigió pagar lo que pudiera; si no, dijeron, perdería el premio.

La cuarta llamada fue diferente. La amenazaron. *Ya sabemos quién sos, dónde vivís y con quiénes. No nos hagás ir a buscarte. Depositanos.* Era la misma voz tras el teléfono, pero a Camila le pareció otra persona. Se puso helada. Decidió ir a la policía, declarar, compartirles el número. No sirvió de nada. El celular volvió a sonar, pero no contestó. Cayó un mensaje: “estás muerta”. Camila destruyó el chip.

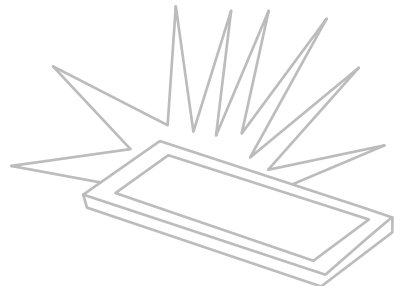
Se mantuvo incomunicada unos meses. Al ver que no pasaba nada, compró otro chip. Pasaron semanas y no habían llamadas. Hasta una noche en que vibró de nuevo con un número desconocido en la pantalla. Aventó el teléfono, que siguió zumbando.

Los tipos que encontrarán a Camila en el desierto, escondida en un matorral junto a su hijo, le hablarán solo en inglés; los subirán a una patrulla y los llevarán a un albergue.

En esas paredes blancas, estarán junto a personas de otros países centroamericanos. Unas salvadoreñas le preguntarán si su hijo necesita algo; le ofrecerán parte de sus alimentos. Una guatemalteca no dejará de verla, pero sin decirle nada. Una hondureña rehuirá a su mirada y se pasará las horas acostada, hablando en voz baja. Habrá otros niños, que jugarán con lo que encuentren: un zapato, una botella de plástico, una cáscara de limón.

Subirán a Camila y a Fernandito en un *pick up*. Los llevarán hasta México. Pasarán unos días en ese país; ahora sí Camila entenderá cada palabra que dicen sobre ella. De nuevo, los montarán en un vehículo y los llevarán de regreso a Guatemala.

En su país, los tendrán en un cuarto sin ventanas. Apenas les darán comida. Apenas aguantarán el llanto de Fernandito antes de pedirle que lo calle. Le darán un poco de dinero para que vuelva de donde partió. El zumbido anidará en su cabeza.





EL RETORNO

Derlin De León

En el fatigoso viaje desde la Aurora hacia Alta Verapaz, Silvia Álvarez soñó con una columna de hormigas que cruzaba un desierto interminable. Despertó de golpe y miró a sus tres hijos amontonados entre las mochilas. Es mi culpa, se dijo, y se agarró el nudo que le iba creciendo en la garganta.

Por la ventana del bus se asomaba el pueblo descolorido. Le pareció el mismo que había dejado, pero no lo era, porque en su terreno ya no había rancho, ni letrina, ni calistemo. Solo el puro monte debajo del sol. Solo el río lustroso que lo atravesaba.

Acudió con Domingo Suarez, dueño de casi toda la tierra y todo el ganado que había en el pueblo.

—¿Cuándo dice que la deportaron, Silvita?

—Ayer. Y me da vergüenza molestarlo, pero no tengo adónde irme.

—Pasaron meses. Pensé que habían cruzado.

—Nos negaron el asilo. Ni la solicitud me agarraron.

—Ya la hacía por allá. Por eso tiré el rancho, para que los animales pasten a gusto.

—Yo lo levanto, don Domingo.

—¿Carga plata?

La mujer bajó la mirada, y se encontró con un gallo giro, que pavoneaba su cola blanca por el corredor.

—Págume lo que le di para el coyote —siguió diciendo don Domingo.

—Le pago con trabajo —respondió la mujer—. Hágalo por Juan, por su memoria. Él le sirvió bien.

—De memoria no se come.

—Por los niños.

—La parcela está en calidad de empeño. Si busca caridad vaya con el padre Emilio —sentenció mientras apagaba el cigarro.

Silvia Álvarez y sus hijos subían por el camino de tierra. En el negro telón de la noche colgaba una luna llena y las estrellas chispeaban a sus anchas. Un hombre a caballo los alcanzó.

—Buenas noches, señora ¿Para dónde va en esta oscurana?

La mujer reconoció la voz.

—*Vendé el terreno, Juan —insistía—, no seas pendejo. —Y ella escuchando desde la cocina.*

—A la parroquia —dijo sin detener la marcha.

—¿Usted es la deportada?

—Vendélo, hombre, te conviene. —Pero Juan no vendía. Porque su padre tampoco había vendido. Porque era lo único que tenían sus hijos.

—Si, señor, yo soy.

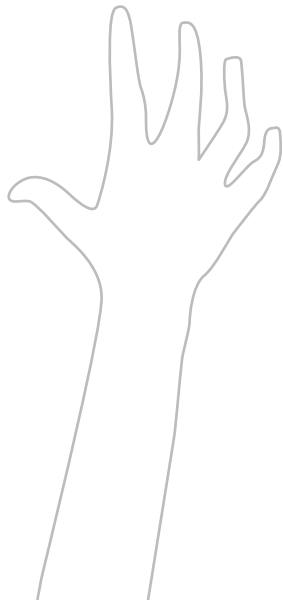
—Aquí le manda don Domingo —le dijo, y le tiró unos quetzales.

Ella se detuvo de golpe y un escalofrío le subió por los huesos. El niño que llevaba en brazos comenzó a llorar. Los otros se agarraron de ella.

—Que se vaya, y que no vuelva —terminó diciendo.

—¿Y si no?

—Haga caso, mujer, le conviene.



Si usted, o alguien que conoce, es víctima de una violación a sus derechos como persona y desea recibir orientación al respecto, puede hacer uso del Sistema de Denuncias de Cristosal. Esta herramienta pretende documentar violaciones a derechos humanos en Guatemala, Honduras y El Salvador, y facilitar apoyo para que las víctimas puedan ser orientadas sobre los mecanismos disponibles en sus países para realizar denuncias. En algunos casos, según sus capacidades, Cristosal ofrece apoyo para el acompañamiento de las víctimas y el desarrollo de litigios, todo bajo garantía de confidencialidad.

Al hacer uso del Sistema de Denuncias, sus datos personales y demás información proporcionada es guardada estrictamente en forma confidencial, y no es compartida con nadie a menos que usted así lo autorice.

Para acceder a este Sistema debe ingresar en la página de Cristosal: <https://www.cristosal.org/>

O puede escanear el siguiente código QR con su teléfono celular:



Facilitamos apoyo a víctimas de vulneraciones a derechos humanos.
Para denuncias accede a nuestro sistema:



O en nuestra página web:
www.cristosal.org

A la buena de Dios

HISTORIAS DE MIGRANTES DEL NORTE DE CENTROAMÉRICA

En un mundo donde pareciera que migrar es un crimen, y más si se trata de una “migración ilegal”, es importante poder dar voz a quienes se ven forzados a salir de sus países con la única esperanza de tener un futuro. Contribuir a que no se asuma con simpleza que los y las migrantes son personas que quieren “vivir una aventura”, es parte importante del trabajo que realiza Cristosal en su labor de defensa y promoción de derechos humanos.

Este libro nace con el fin de poder acercar al público en general quince historias de personas migrantes retornadas -recolectadas por Cristosal- para contribuir a borrar del imaginario ciudadano los prejuicios que rodean a la migración. Quienes lo lean podrán darse cuenta -al adentrarse en las narraciones- que la realidad de este fenómeno es mucho más compleja de lo que popularmente se piensa y, quizá, podrán comprender a ciencia cierta que -frente a la misma situación de estas personas- quizá hubieran hecho lo mismo. Lograr esa identificación entre la realidad de quienes leen y la de los protagonistas de estas historias, es el fin último que desea alcanzar Cristosal para así generar empatía que haga que se sumen a demandar a los Estados acciones concretas que eviten el éxodo migrante.